



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 24 de mayo de 2000

La gloria de la Trinidad en la Ascensión

1. El misterio de la Pascua de Cristo envuelve la historia de la humanidad, pero al mismo tiempo la trasciende. Incluso el pensamiento y el lenguaje humano pueden, de alguna manera, aferrar y comunicar este misterio, pero no agotarlo. Por eso, el Nuevo Testamento, aunque habla de "resurrección", como lo atestigua el antiguo Credo que san Pablo mismo recibió y transmitió en la primera carta a los Corintios (cf. *1 Co* 15, 3-5), recurre también a otra formulación para delinear el significado de la Pascua. Sobre todo en san Juan y en san Pablo se presenta como *exaltación o glorificación* del Crucificado. Así, para el cuarto evangelista, la cruz de Cristo ya es el trono real, que se apoya en la tierra pero penetra en los cielos. Cristo está sentado en él como Salvador y Señor de la historia.

En efecto, Jesús, en el evangelio de san Juan, exclama: "Yo, cuando sea levado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Jn* 12, 32; cf. 3, 14; 8, 28). San Pablo, en el himno insertado en la carta a los Filipenses, después de describir la humillación profunda del Hijo de Dios en la muerte en cruz, celebra así la Pascua: "Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor, para gloria de Dios Padre" (*Flp* 2, 9-11).

2. La Ascensión de Cristo al cielo, narrada por san Lucas como coronamiento de su evangelio y como inicio de su segunda obra, los Hechos de los Apóstoles, se ha de entender bajo esta luz. Se trata de la última aparición de Jesús, que "termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina simbolizada por la nube y por el cielo" (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 659). El

cielo es, por excelencia, el signo de la trascendencia divina. Es la zona cósmica que está sobre el horizonte terrestre, dentro del cual se desarrolla la existencia humana.

Cristo, después de recorrer los caminos de la historia y de entrar también en la oscuridad de la muerte, frontera de nuestra finitud y salario del pecado (cf. *Rm* 6, 23), vuelve a la gloria, que desde la eternidad (cf. *Jn* 17, 5) comparte con el Padre y con el Espíritu Santo. Y lleva consigo a la humanidad redimida. En efecto, la carta a los Efesios afirma: "Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, (...) nos vivificó juntamente con Cristo (...) y nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús" (*Ef* 2, 4-6). Esto vale, ante todo, para la Madre de Jesús, María, cuya Asunción es primicia de nuestra ascensión a la gloria.

3. Frente al Cristo glorioso de la Ascensión nos detenemos a contemplar la presencia de toda la Trinidad. Es sabido que el arte cristiano, en la así llamada *Trinitas in cruce* ha representado muchas veces a Cristo crucificado sobre el que se inclina el Padre en una especie de abrazo, mientras entre los dos vuela la paloma, símbolo del Espíritu Santo (así, por ejemplo, Masaccio en la iglesia de Santa María Novella, en Florencia). De ese modo, la cruz es un símbolo unitivo que enlaza la unidad y la divinidad, la muerte y la vida, el sufrimiento y la gloria.

De forma análoga, se puede vislumbrar la presencia de las tres personas divinas en la escena de la Ascensión. San Lucas, en la página final del Evangelio, antes de presentar al Resucitado que, como sacerdote de la nueva Alianza, bendice a sus discípulos y se aleja de la tierra para ser llevado a la gloria del cielo (cf. *Lc* 24, 50-52), recuerda el discurso de despedida dirigido a los Apóstoles. En él aparece, ante todo, el designio de salvación del *Padre*, que en las Escrituras había anunciado la muerte y la resurrección del *Hijo*, fuente de perdón y de liberación (cf. *Lc* 24, 45-47).

4. Pero en esas mismas palabras del Resucitado se entrevé también el *Espíritu Santo*, cuya presencia será fuente de fuerza y de testimonio apostólico: "Voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte, permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto" (*Lc* 24, 49). En el evangelio de san Juan el Paráclito es prometido por Cristo, mientras que para san Lucas el don del Espíritu también forma parte de una promesa del Padre mismo.

Por eso, la Trinidad entera se halla presente en el momento en que comienza el tiempo de la Iglesia. Es lo que reafirma san Lucas también en el segundo relato de la Ascensión de Cristo, el de los Hechos de los Apóstoles. En efecto, Jesús exhorta a los discípulos a "aguardar la Promesa del Padre", es decir, "ser bautizados en el Espíritu Santo", en Pentecostés, ya inminente (cf. *Hch* 1, 4-5).

5. Así pues, la Ascensión es una epifanía trinitaria, que indica la meta hacia la que se dirige la flecha de la historia personal y universal. Aunque nuestro cuerpo mortal pasa por la disolución en

el polvo de la tierra, todo nuestro yo redimido está orientado hacia las alturas y hacia Dios, siguiendo a Cristo como guía.

Sostenidos por esta gozosa certeza, nos dirigimos al misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que se revela en la cruz gloriosa del Resucitado, con la invocación, impregnada de adoración, de la beata Isabel de la Trinidad: "¡Oh Dios mío, Trinidad que adoro, ayúdame a olvidarme completamente de mí para establecerme en ti, inmóvil y quieta, como si mi alma estuviese ya en la eternidad...! Pacifica mi alma. Haz de ella tu cielo, tu morada predilecta y el lugar de tu descanso...

¡Oh mis Tres, mi todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad en la que me pierdo, yo me abandono a ti..., a la espera de poder contemplar a tu luz el abismo de tu grandeza!"
(*Elevación a la Santísima Trinidad*, 21 de noviembre de 1904).

Saludos

Deseo saludar a los peregrinos de lengua española, en especial a las asociaciones y grupos parroquiales venidos de España, así como a los peregrinos de México, Venezuela y Argentina. Os invito a seguir a Cristo en el misterio de su Ascensión y así llegar con él a la gloria de la santísima Trinidad. Muchas gracias.

(*En checo*)

En el mes de mayo, dedicado a la Virgen María, os invito a todos a intensificar la oración y la devoción a la Madre de Dios. Encomendad a sus cuidados maternos el camino de la Iglesia en vuestra patria, así como el camino de toda la Iglesia universal.

(*En eslovaco*)

A ejemplo del apóstol san Juan, también vosotros acoged a María en vuestra casa (cf. *Jn 19, 27*) y dejadle espacio en vuestra vida diaria.

(*A los croatas*)

Vuestras tierras croatas poseen una rica herencia cristiana, con numerosos ejemplos de fidelidad a Cristo y de santidad desde los primeros siglos hasta nuestros días. Esta herencia, debidamente valorada y respetada, puede ser un firme punto de apoyo para cuantos en el actual marco histórico, dóciles al Espíritu Santo, están comprometidos en la labor de impregnar su ambiente con el Evangelio, para bien de toda persona y de la sociedad entera.

Saludo, por último, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Hoy es la fiesta de la Virgen venerada con el título de María Auxiliadora.

Que María os ayude a vosotros, queridos *jóvenes*, a fortalecer cada día vuestra fidelidad a Cristo.

Os obtenga consuelo y serenidad a vosotros, queridos *enfermos*. A vosotros, queridos *recién casados*, os exhorto a traducir a la vida diaria el mandamiento del amor.